

**LA**  
**IGLESIA CATOLICA.**

---

**BOCETO DE UN POEMA.**

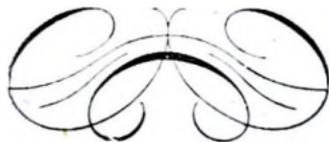
POR

**JUAN LEON MERA,**

**MIEMBRO CORRESPONDIENTE**

DE LA

**ACADEMIA ESPAÑOLA.**



**QUITO.--1874.**

---

IMPRESA DE JUAN CAMPUZANO.

---

AL ILMO. SR. DR. DON JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,  
**OBISPO DE RIOBAMBA,**

Y AL VENERABLE DEAN DE LA MISMA IGLESIA,  
**SOR. DR. DON VICENTE CUESTA,**

DEDICO

ESTE BREVE TRABAJO POETICO  
**COMO MUESTRA**  
DE AFECTUOSA Y CORDIAL AMISTAD

*J. L. M.*

---

## SUMARIO

- I. Invocacion y proposicion.
- II. Estado moral del mundo ántes de Jesucristo.
- III. Esperanzas conservadas en el pueblo de Israel.
- IV. Venida del Mesías. Su gloria en sus milagros.
- V. Sacrificio de Jesus exigido por la Justicia divina.
- VI. La Iglesia nace entre el martirio.
- VII. Primeras predicaciones y conquistas.
- VIII. Poder del demonio. Persecuciones. Las Catacumbas.
- IX. Triunfo de los héroes<sup>1</sup> de Roma. Su vanidad.
- X. Triunfo de la Iglesia contrapuesto al anterior.
- XI. *¡Los dioses se van!*
- XII. La Iglesia en el trono de los Césares. Sus beneficios. Su espíritu &c.
- XIII. Su difusion por todo el mundo. Cómo vino á la America.
- XIV. Nueva guerra contra la Iglesia. Ingratitud de la humanidad. Los propagandistas de la iniquidad.
- XV. La humanidad se precipita á su perdicion, porque no sigue la ley de Dios.
- XVI. Lamentacion *ps* los padecimientos de la Iglesia.
- XVII. Lo que es la justicia de Dios. Plegaria por la Iglesia y por el Papa.

NOTAS.

# LA IGLESIA CATOLICA.

## I.

¡Oh tú, hija excelsa del Amor eterno,  
Del hombre ingrato para el bien nacida!  
¡Oh esposa de Jesús, Iglesia santa,  
Sin cesar del averno  
Por el odioso monstruo combatida!  
¡Tú, madre nuestra! tú, de gracias fuente,  
En quien hallan las almas dulce vida!  
Permite que á tu planta  
Postre mi Musa su marchita frente,  
Destrozado su cerco de azucenas,  
Desgarradas las vestes virginales,  
Envuelta en triste velo,  
Bañada en llanto y pobre de consuelo;  
Permite que á la voz de gemebundo  
Enlutado laúd glorias y penas  
Tuyas recuerde y dones celestiales  
Por tí ofrecidos con largueza al mundo,  
Que te los vuelve en redoblados males;  
Permite que indignada  
Contra el malvado y el inicuo truene,  
O que hiriéndose el pecho desolada  
De ayes el aire y de plegarias llene.

## II.

¡Cuán triste suerte al mundo amenazaba!  
Abismo era todo él de inmundos vicios;  
En torpe freuesí de las pasiones  
Sus númenes forjó; y ¡ay! desbocado  
Potro, por sus deidades excitado,  
A perdicion segura se lanzaba.

El rey del orco infames sacrificios  
Así en áureos altares aceptaba;  
¡Oh cruel sarcasmo! impías oraciones.  
Así volaban á él de almas precitas,  
Cual de corrupto cieno exhalaciones;  
Así del vil pecado las malditas  
Manos ¡ay! diligentes entornaban  
De la perdida beatitud las puertas,  
Y á no abrirlas jamás las condenaban.

### III.

Mas no del todo muertas  
Vió la prole de Adan sus esperanzas:  
Las abrigaba Israel, árbol frondoso  
Criado del Señor bajo el amparo,  
Y á cuyas ramas el celeste fruto  
Se deberá, que al tósigo funesto  
Que aniquilara en flor la humana dicha,  
Como único remedio, será opuesto.  
El grave tiempo en curso perezoso  
Trascurrió al fin, y vino el dia claro,  
El dia del amor, dia bendito  
Que en manso y bondadoso  
Padre enseñó trocado  
Al que terrible juez volvió el delito  
Por la sierpe engendrado.

### IV.

Triunfó de los profetas la palabra;  
Los misteriosos símbolos pasaron;  
Lució en oriente milagrosa estrella,  
Y allá en la humilde Nazaret se labra  
La ansiada redencion. Las que miraron  
Calladas y suspensas el triunfante

Paso del gran Josué, sagradas ondas,  
Otra gloria más bella,  
Más clara y más excelsa contemplaron; (1)  
La vió Genezaret, y la tronante  
Tormenta al punto serenóse ante ella;  
La vió el monte Tabor en cuya altura  
Resplandeció un instante;  
La vió Bethania cuando  
La tumba, de estupor sobrecojada,  
Dejó volver á Lázaro á la vida;  
Del amor el prodigio coronando  
En la mística cena  
La admiraron los doce; en tu recinto,  
¡Oh templo! penetró; Sion dichosa,  
De justo orgullo y de alegría llena,  
De rosas coronada y terebinto,  
A encontrarla saliste; ¡oh Palestina,  
Tierra de bendición! ¿qué aldea tuya  
No inundó de Jesus la luz divina?

## V.

Después el tiempo llega  
Del sublime dolor: ¡Jesus padece!  
¡Porque al cielo el mortal se restituya  
De la muerte al poder Jesus se entrega!  
¡Jesus en lo alto de una cruz perece!...  
¡Holocausto divino! de su sangre  
Una gota brevísima, invisible,  
Vale más que los mundos y los ciclos,  
Y el abismo á cerrar bastante fuera;  
Más del Señor á desarmar el brazo  
Fué menester que toda se vertiera.  
Su justicia terrible  
Como los mundos y los cielos grande  
Tambien es: los anhelos  
De mil justos la hallaron inflexible;  
Y cual onda de mar sobre una roca:

Granítica va y viene  
Sin que la mueva, melle ni la ablande.  
Así corrió perenne  
Por cuarenta centurias raudal rojo  
Y humeante de sangre expiatoria  
De hecatombes sin cuento,  
Sin atenuar de Jehová el enojo. (2)

Inmenso sacrificio á inmenso agravio  
Preciso fué; de un Dios á la justicia  
El martirio de un Dios; al ardimiento  
De la infernal malicia,  
De divinal amor todo un tesoro;  
Al que entónces llamóse mundo sabio,  
El que supo verter divino labio  
De luz eterna manantial sonoro.

## VI.

Tal fué ¡oh Iglesia! tu admirable cuna:  
Te arrulló de los ángeles el canto;  
Te cercaron pasmosas maravillas;  
De verdad te nutriste; á tu crianza  
De las virtudes no faltó ninguna;  
Las alas de Amor santo  
Dulce sombra te dieron,  
Y tu angélica frente las mancillas  
De la humana flaqueza no ofendieron.

Mas fuerza vencedora no se alcanza  
Sin prueba de dolor; ¡ay! no sin muerte  
El camino del triunfo y de la gloria  
Te fué dado encontrar: así te viste  
Del martirio á los golpes quebrantada,  
Antes que sabia y fuerte  
A los absortos siglos te mostrases;  
Así el suplicio atroz fué tu victoria;  
Y en sangre allá en el Golgota bañada.

Tiernas miradas y amorosos brazos  
Sobre todos los pueblos extendiste,  
Y para unirlos en el bien, los lazos  
De fe y de caridad apercibiste. (3)

## VII.

Desde la cima del bendito monte  
Entonce á la palestra descendiendo,  
Que no de la Judea el horizonte  
Estrecho limitaba, en tenaz lucha  
Fuiste el error y el vicio persiguiendo.

Bandadas son de cándidas palomas  
Con corazones de águilas tus huestes;  
Su espada es la humildad, la fe su escudo.  
Con ellas en la lid vences ó domas  
A fieros monstruos de la tierra dueños,  
Cuyo aliento es letal más que las pestes,  
Y cuyo férreo cetro, bronco y rudo  
Solo forjarse pudo  
De Satanás en las ocultas fraguas.

Grecia que á los ensueños  
Del voluptuoso paganismo uniera,  
En estraño consorcio, de la insania  
Vulgar lo baladí y el noble culto  
De alta sabiduría; la guerrera  
Favorita de Marte y la Fortuna,  
Soberbia Roma, que con dura mano  
Postró la tierra al pie del Capitolio;  
Y la Iberia, y la Galia y la Germania,  
Do sobre agreste solio  
A heróico brio el salvajismo se auna;  
Y las brumosas islas del britano,  
Rey de los mares poderoso y fiero. . . .(4)  
Todas sienten tus pasos, todas miran,  
Santa conquistadora sin acero,

Suelta flotar al aire tu bandera  
De amor y de salud, y oyen tus voces  
Que sin cesar conspiran  
Contra los de la carne impuros goces,  
Y á restaurar con penitencia amarga  
De Eden la dicha que el pecado embarga.

### VIII.

Pero ¡ah! con qué fiera las legiones  
Del tentador de la inocencia lidian!  
¡Qué astucia, qué constancia, cuánto arbitrio!  
Dan cebo á las pasiones,  
En toda parte incidian,  
Suyos los cetros son, las armas, tuyas;  
Si no arrastran consigo á las naciones,  
Para atajar tus pasos, las dimidian.  
Tú no cejas: contigo  
De Dios está el espíritu; arrastrada  
Diez veces al tormento y á la muerte,  
Ve brotar con espanto el enemigo  
De cada gota de tu sangre un héroe  
O un sabio á defenderte. (5)  
Cuando sobre la tierra  
No te deja ni un palmo la impía guerra  
Donde puedas sentar la augusta planta,  
Son tu albergue real las catacumbas,  
Cuya medrosa sombra no te espanta,  
Y tus ricos altares son las tumbas.

### IX.

Tuyo el triunfo es en tanto. ¡Ah cuán sublime  
Manera de triunfar! . . . —Miro al romano  
Victorioso adalid que las colinas,  
De la eterna ciudad eterno asiento,

Al fragor estremece de su entrada.  
El pueblo rey ufano  
A grandes voces su entusiasmo exprime,  
Y las prendas divinas  
Del vencedor pregona. ¡Oh cuánta pompa!  
¡Cuánta magnificencia! ¿El soberano  
De los dioses á Roma ha descendido?  
¿Qué tempestad de gloria así la oprime?  
Hierve en la Sacra via y en el Foro  
Inmensa multitud; oigo el crugido  
De millares de carros que el tesoro  
Llevan que fué del infeliz vencido;  
Escucho las pisadas  
De enormes bestias al lejano clima  
Del África y del Asia arrebatadas,  
Bajo de mil trofeos fatigadas;  
De estraños pueblos multitud profusa  
De armas, banderas y coronas veo  
En revuelto aluvion; cerviz y manos  
Cargadas de cadenas, abatida  
La egregia frente, y trémula, confusa,  
Como al suplicio al acercarse el reo,  
Del triunfador al áureo carro miro  
Prole de reyes con infamia uncida.  
Símbolo de poder, entre las haces  
Alzadas van de modo  
Las invencibles águilas, que audaces  
Solas parece dominarlo todo. (6)

Mas ¡ah! ¿de qué me admiro?  
¡Poder, grandeza, gloria de un momento!  
Dió el tiempo un breve giro;  
Ya nada sois: pasásteis como el viento!

## X.

No así tú, ¡oh heroína  
De la fe y el amor! no así triunfas

Tú que haces del dolor dicha que anhela  
El alma generosa! La ferina  
Sed de sangre del cruel anfiteatro  
Que asordó el pueblo con salvaje grito,  
Pasó ya; la mazmorra tenebrosa,  
La cineraria fria catacumba  
Al fin desiertas yacen; del maldito  
Rencor, de la mentira y su gemela  
La calumnia infernal, ya no retumba  
El eco vil en la ciudad famosa. (7)

Brilla, aun fresca, en tu manto  
Salpicada la sangre de tus hijos,  
Y en tus ojos dulcísimos el llanto;  
Luz del alba tras noche tormentosa,  
Tu amorosa sonrisa  
Asoma acompañada del sollozo;  
No son tus regocijos  
Del hombre iluso á la locura iguales:  
Siempre es de la virtud tranquilo el gozo,  
Cual entre flores inocente brisa.

No rueda con estrépito tu carro  
Ni van atados á él esclavos reyes,  
Que tú eres salvacion de los mortales  
Y son de caridad todas tus leyes;  
Por insignias reales  
Lleva espinas tu frente y cruz tu diestra;  
Cadenas tus trofeos, fieros garfios,  
Cortantes hierros, férvidas calderas,  
Toros de bronce son, y hambrientas fieras.  
Tu séquito, ¡qué inmensa muchedumbre  
De miserable gente!... (8)  
Sí, para el necio mundo, miserable!  
Allí los pobres van que tú alimentas;  
Allí las tristes viudas,  
Cuya honda pesadumbre  
Se hace en tu blando seno soportable;  
Allí las castas vírgenes á quienes  
Contra la artera seducción alientas;

Allí los tiernos niños que á las rudas  
Manos de la orfandad robar pudiste;  
Allí las penitentes Magdalenas,  
Para las cuales tienes  
Las arcas de los bienes,  
Esperanza y consuelo, siempre llenas;  
Allí los que la triste  
Escarcha de los años abrumara,  
Para quienes apoyo siempre fuiste  
Y viva luz que el porvenir aclara; (9)  
Las víctimas allí de las dolencias,  
A quienes das salud al dar consuelo.  
Tambien tras tí los mártires proceden  
Que resistir á bárbaras violencias  
Les hubo dado el cielo,  
Y arrebataron, sin morir, las palmas;  
Y proceden los sabios  
Cuyas austeras almas  
Prendáronse de tí, y á cuyos labios  
Elocuencia prestaste vencedora.

En vez del ave del Tonante amada,  
De las armas del Lacio fiero orgullo,  
A los aires alzada  
La enseña va del grande Constantino,  
La enseña de los pueblos redentora.

## XI.

Ese es tu triunfo: así al Capitolino  
Monte diriges tu seguro paso.  
Nueva luz el latino  
Ancho cielo colora;  
El astro de la fábula en su ocaso  
Húndese á no volver, y á sus reflejos  
Pálidos é indecisos,  
Del confuso horizonte allá á lo léjos,  
Sueltas en desconcierto crencha y ropa

Y al volar despidiendo estraños visos,  
Mírase huir la desbandada tropa  
De asustados fantasmas: ¡son los dioses,  
*Los dioses que se van!* No con más raudo  
Vuelo se alejan pájaros que asusta  
Subitánea explosion.

¿Qué sordo ruido  
Se oye en tanto sonar por todas partes?  
¿Qué en nueva ira reboses,  
Vesubio ardiente, el cielo ha consentido?  
¿Que otra vez destrozár ciudades oses?  
¡Ah, no! los que solícitas las artes  
A pasiones y vicios erigieron  
Suntitosos altares se derrumban!  
Y el portento que vieron  
De la idólatra Azot los torpes hijos, (10)  
¡Oh Iglesia! á tu contacto se repite:  
De su alto pedestal los simulacros  
De los númenes ruedan,  
Y al caer con són trémulo retumban  
Al rudo choque los recintos sacros,  
Conmovidas sus basas y arquitrabes;  
Són que los ecos lúgubres remedan  
En las desiertas silenciosas naves. (11)

## XII.

Ya estás ¡oh de las almas soberana!  
Ya estás bajo el dosel que prestó sombra  
A la soberbia majestad romana,  
Que hasta en su error y su caída asombra.  
Ya estás allí. Por siglos sin guarismo  
Vivirá tu poder, pésele al ángel  
Enemigo del bien, rey del abismo,  
Y pésele al protervo infame bando  
Que turba el mundo contra tí luchando.  
Ya estás allí; mas nunca tu mirada  
La tierra abarcará desde esa altura

Buscando ansiosa, á esclavizar, naciones;  
No tronará jamás tu voz airada  
Nobles ciudades condenando á muerte,  
Para al mundo enseñar su desventura,  
Satisfecha exclamando: ¡Esta es mi hechura!  
No tenderás tu cetro  
Para torcer el rumbo á la justicia,  
De la inocencia contrariar la suerte,  
Y abrir cauce expedito á la malicia.  
Que si cadenas forjas, del divino,  
Del adorable Amor son las cadenas  
Que el redimido mundo al cielo ligan;  
Y si indignada truenas,  
Contra el error y la maldad es solo  
Que á Dios su rayo á disparar obligan;  
Y si tu cetro tiendes y señalas  
La terrestre extension de polo á polo,  
Es para hacer brotar mares de bienes  
Donde el vicio letal cernió sus alas,  
Donde la diestra humana sembró estrago.

¡Ah, cuál te agrada las soberbias sienes  
De lauros desnudar! ¡Ah, cuál te place  
A quien del Verbo Dios sigue las huellas  
Rodearle de aureola luminosa!  
Tu amor no brinda predilecto halago  
A quien goza favores de fortuna;  
Ante tu ley humanidad es una;  
En fraternal enlace  
Juntas la altiva Roma con Cartago;  
En tu materno seno,  
Donde mueren rencores y querellas,  
Abrigo prestas á Camilo y Breno;  
El que á la hija de Rómulo gloriosa (12)  
Hendió la frente, bárbaro terrible,  
Ya leon domesticado  
Al suave tacto de tus manos bellas,  
Rinde á tus pies la clava ponderosa,  
Y á su cabaña vuelve en apacible  
Apóstol evangélico trocado



Y allá vas tú con él. Palabra, ejemplo,  
Caridad, sacrificio. . . ¡qué no empleas  
Del nuevo campo en la labor prolija!  
Ya del torvo Irminsul el bosque es templo (13)  
Donde el Dios de la Cruz su trono fija;  
Son ciudades las rústicas aldeas;  
No hay más sangriento drúida; no hay costumbre  
Brutal del hombre indigna; ya las leyes  
Sinónimo no son de servidumbre,  
Ni de feroces déspotas los reyes.  
De la virtud el oloroso aceite  
Del pueblo ha ungido el corazón: la llama  
Vivificante abrásale de afectos  
Que ántes no conociera, don del cielo;  
De inefable deleite  
Al tesoro infinito el alma elevas;  
Libre la inteligencia  
Tiende el seguro vuelo  
A las regiones que tú le abres nuevas,  
Donde de luz en piélagos discurre,  
Sondea y mide su poder, proclama  
Su origen divinal, y en rica afluencia  
Cual sobre áridos campos bienhechoras  
Lluvias vierten las nubes, tal derrama  
Ideas, sobre el mundo ilustradoras.

De la humana sapiencia  
Amiga fiel, si á tu favor se arríma,  
Con tu esplendor le auxilias generosa  
Que en su difícil via le acompaña:  
Con él penetra en la profunda cima  
Donde duermen los siglos que pasaron,  
Y el oscuro secreto desentraña  
De la suerte del hombre lastimosa: (14)  
Sabe por qué en su ser se amalgamaron  
La pura, excelsa condicion del ángel  
Y la mezquina y vil del torpe bruto:  
¡Tanta gracia y poder, tanta miseria!  
Por qué sumisa el alma á la materia  
Rinde diario tributo;

Por qué el destino adverso  
A la virtud persigue y acongoja,  
E impera el vicio á veces absoluto;  
Por qué igualmente al santo y al perverso  
Del don de la existencia se despoja.

Sublime, universal filosofía  
Halla la humanidad en tu enseñanza:  
La da inmutable fe por sabio guía,  
Amor por fortaleza, por consuelo,  
Suspensa como el sol allá en el cielo,  
De perdurable bien grata esperanza.

Y como el ser cuitado  
Del bello Eden proscrito  
Ha menester siquiera remembranza  
De las delicias que arrasó el delito,  
El Señor apiadado  
Alentó sobre el hombre y creó al genio.  
¡El alma genio fué! por él las artes,  
Que reflexan perdidas maravillas,  
A recrear el mundo aparecieron  
Y hacer sobre otras cavilar la mente;  
Sobre otras, sí ¡gran Dios! que allá do brillas  
En plena majestad, en tu esplendente  
Áureo Olimpo, tus manos exparcieron.  
Por eso, ¡oh Iglesia! de las artes bellas  
Eres fiel protectora: (15)  
A tí las atrajiste, y las que en ellas  
De voluptuosidad corrompedora  
Grabó profundas huellas  
El paganismo vano,  
Tu labio condeno, borró tu mano.  
Así purificadas, á la idea,  
Origen de su ser, correspondieron;  
Hoy tu espíritu en ellas centellea,  
Y ya no solo al material sentido  
Poderosas sojuzgan,  
Pues sobre el alma extienden sus victorias.

Mas sabia y generosa ¡ah cómo sabes  
Aun del mundo gentil salvar las glorias!  
Sin tí del tiempo y del oscuro olvido  
Entre las nieblas graves  
Del antiguo saber el pensamiento  
Yacería perdido,  
Y los partos del genio y las historias,  
Hoy de estudios profundos alimento.

### XIII.

Si á detener el curso poderoso  
Del soberbio Amazonas las andinas  
Moles su petrea espalda interpusieran,  
¡Oh cómo las selváticas regiones  
Inmensas que recorre majestuoso  
De un grande mar profundo lecho fueran!  
Mas rotas y deshechas en ruinas  
Rodarian al cabo sus prisiones;  
O por cima saltando,  
Oceano formidable, sobre el grande  
Oceano se lanzara, no cual siervo  
Que al potente señor lleva temblando  
Del vasallaje los humildes dones,  
Sino cual rey que su poder espande  
Su gloria al universo pregonando.

Así el clásico mundo  
Desde el hircano mar al mar de Atlante, (16)  
Desde el Nilo fecundo  
A las cimblicas ondas,  
Llenas, divina Iglesia: ya pujante  
Hierves, rebasas; ya las agrias cumbres  
De las montañas salvas; ya los diques  
Que alzó natura, y los muy más robustos  
De seculares bárbaras costumbres  
Abátense á tus pasos, y tú abondas  
A los pueblos é imperios que dominas

De misterios augustos  
Y de santas benéficas doctrinas.

Al industrioso chino  
Y al sabio hijo de Brahma  
Alcanzaron las ondas de tu celo, (17)  
Y al que al polo vecino  
Vive en hogar de nieblas y de hielo,  
Como al que tuesta la febea llama  
Allá en el cafre inhospitable suelo.

Un hijo tuyo, el genovés marino,  
Hizo un mundo surgir de entre las olas,  
Y al abrigo de enseñas españolas  
Ese mundo magnífico invadiste,  
E imperio tuyo fue. ¡Oh Iglesia, oh Iglesia!  
¡Si vencieras tú sola!... Más ¡silencio!  
De la conquista cruel la historia triste  
Cambia por tí de faz. Yo reverencio  
Humilde, ¡oh madre nuestra!  
Reverencio tu diestra  
Que del indio infeliz enjugó el llanto,  
Que su dolor bendijo y su desgracia,  
Y á protegerle desplegó tu manto  
Contra el crimen atroz y la falacia.

Y no del tiempo la tenaz faena  
Que todo bajo el sol lo cambia ó mata  
Tu esencia altera, no: que son los siglos  
De la eterna verdad expositores,  
Y cres tú la verdad. Con faz serena  
Y ánimo firme escuchas cual se evocan,  
Miras cual se arrebata  
Con violencia y furor aterradores  
El uno al otro, y todos se derrocan,  
Como titanes entre sí enlazados,  
De eternidad al insondable abismo.

#### XIV.

¿Y hoy á bien tanto el mundo  
Con odio, y guerra y muerte corresponde?...  
¡Torna Satan, cual nunca furibundo,  
Contra tí á la pelea! ¿Dónde, dónde  
Diligente no excita  
El vicio y el error? Su arte maldita  
Mueve á la humanidad, en cuyo pecho,  
Do la serpiente del Eden se esconde,  
Agoniza la fe, triunfa la duda.  
¡Oh loca humanidad, si no perversa!  
¡Corre! vuela! ya el trecho  
Que te separa del aberno es breve.  
¡Avanza! avanza, que Luzbel te ayuda!  
No asome á detenerte mano adversa,  
Que allá tu dicha coronarse debe.  
Tu dicha, sí: ¿tu anhelo no es buscarla  
Léjos de la virtud que te es odiosa?  
Pues Luzbel te la dé: ¡vete á gozarla!  
Tú que te has hecho de tí misma diosa;  
Tú que repudias con desden el alma;  
Tú que á la ruin arcilla das la palma;  
Tú que hundida entre sombras buscas muerto  
Ántes que en luz bañada eterna vida,  
¡Pobre loca del mundo! ¡ay pobre loca!  
No sé á qué, vive Dios, la negra suerte  
A que te precipitas aturdida,  
No sé á qué me provoca:  
¿Lástima?...¿indignacion?...¿desprecio?...;Ah! calla!  
¡Silencio, lengua mia!...  
¿Qué hablé? ¿qué lava ímpia  
Se derramó del corazon? ¡Perdona!  
¡Perdona, Iglesia santa,  
Señora, madre, celestial matrona!  
¡Ay, piedad! ¡ay, piedad! que el alma se halla  
De dolor oprimida,  
Y á veces el dolor cual ira estalla!

Cuitada víctima es más que culpable  
De Adán la descendencia:  
No áspero escarnio, compasión merece.  
Cual se rebulle monstruo abominable  
En el fondo de un lago,  
Y por turbar su limpia transparencia  
El negro fango de continuo mece,  
Así para infortunio y fiero estrago  
De la humana familia  
El réprobo querub se agita entre ella.  
Y siempre háse agitado, y siempre adeptos  
Por todas partes halla  
A quienes, como á suyos, cuenta y filia,  
En el fuego infernal los enardece  
Y divulgar les manda sus preceptos.

Tú á quien la obra seguir de libertarla  
Confió tu amante Cristo,  
Desde tu infancia, oh Iglesia, los has visto  
En perseguirte inicuos nada tardos:  
Si se alzó contra tí la tiranía  
Con aceros y teas,  
Ellos para matarte hicieron dardos  
De las falsas ideas;  
Y surgió multiforme la herejía,  
Y la impiedad nació (18). Tú las segaste;  
Pero como en los campos la maleza,  
Renacer insolentes las miraste.

Un error á otro error, una impostura  
Ímpía á otra impostura, un crimen á otro,  
Una infamia á otra infamia, siglo á siglo,  
Año tras año, ¡oh Dios! cómo se copian!  
¡Cuál raudos se suceden, y en grandeza  
Satánica se venen, la cabeza  
De entrelazadas víboras crestada,  
Sangre en las manos, sangre en la mirada,  
Dentro en el corazón rabia y lascibia,  
Sin que baste la astucia á disfrazarlos!  
De repugnantes monstruos raza anfibia,

Visten á veces monacal cogulla; (19)  
De los graves filósofos el porte  
Usurpan otras, del bufon la pulla  
Ruín disparan contra el cielo; en negro  
Traje y en ademan ceremonioso,  
Silla eminente ocupan en la corte;  
O cetro empuñan y laureles ciñen;  
O bien en *pandemonium* misterioso,  
Como los buhos á la luz adversos,  
Baten sus alas y el veneno esparcen;  
O abusando sagaces y perversos  
De la invencion que á Guttemberg da gloria,  
Del globo todo á los confines llevan  
La muerte en su palabra proditoria,  
Y en cuanto hay puro, y venerable y santo  
Con voraz ira y sórdidos se ceban.

## XV.

¿Dó va, dó va la humanidad, ¡oh cielos!  
Fascinada cual débil pajarillo  
En quien la ígnea mirada  
Con maligno teson fija el autillo?  
¿Dónde, vendada con malditos velos,  
Corre desaténtada?  
¡Ay cómo, cómo al verla,  
Madre de amor, con todos tus anhelos  
Le sales al camino á detenerla!  
Mas ella ¡oh ingratitud! cómo te paga!  
Te escupe, burla, insulta, abofetea,  
Abre en tu corazon llaga tras llaga,  
Te rompe el cetro, te desgarras el manto,  
Y con nuevo furor corriendo sigue! . . . .  
¿Dó va como ave que elalcon persigue  
De cerca, y el espanto,  
La desesperacion agita su ala  
Y á par su pecho? ¿Dó cual poseída  
Va que huye inquieta del conjuro santo?

¿Do va cual flecha rápida, cual bala  
De la violenta pólvora impelida?  
Va donde iba otro tiempo (20): el paganismo  
Los brazos abre á recibirla; en ellos  
Al fin caerá. . . ¡cuán pronto! De esos brazos  
Resbalará despues al negro abismo,  
Rodará hasta su fondo hecha pedazos.  
Cuando del mal en la pendiente horrenda  
Quien el bien no conoce se desploma,  
Méno perdido va, que quien la senda  
Del conocido bien abandonando,  
¡Ay! la de perdicion insano toma!

Solo de Dios la libertad emana;  
El hombre es todo esclavitud. La fuente  
De la ventura humana  
De las manos de Dios está manando  
En rica y dulce vena eternamente;  
El hombre, pozo de miseria, vive  
En lágrimas acervas rebosando.  
Dios es la libertad, Dios es la dicha,  
¡Y el hombre en su soberbia á Dios persigue!  
Desdichado que esto haces, ¿qué te espera?—  
A quien maldice del febeo rayo  
Y los ojos se arranca, otra lumbrera  
Mas vívida anhelando, ¿qué le aguarda?  
A quien, en torpe ensayo,  
Para encunbrarse á la eternal ventura  
De las alas se fia  
De Luzbel, ¿qué le aguarda? Y ese loco,  
Ese eres tú, mortal, y á tu locura  
Llamas, ¡qué insetsatez! filosofía.

## XVI.

¡Bendita Iglesia, universal Señora,  
Eu quien, atento á la ventura nuestra,  
El almo Padre que en el cielo mora

Los eternos bienes atcsora!  
Su omnipotente diestra  
Fabricó de tu trono los cimientos  
De oro fino y diamante aquilatado,  
Y le dió mas firmeza  
Que á roca inquebrantable á los violentos  
Embates del océano agitado;  
¡Jamás caerá, jamás! á la fiereza  
Del enemigo averno  
Tanto poder no concedió el Eterno.

Mas ¡ay! del hombre la protervia inicua  
Ha despertado el vengador enojo  
Que de Jehová en el seno  
Adurmiera la Víctima proficua  
A quien á ser misérrimo despojo  
De eterna muerte se arrastraba él mismo;  
Y sobre tí de licuo  
Se derrama ese enojo ¡ay! porque penas  
Por tí sufridas ahondan el abismo  
Donde sumirse el delincuente debe  
Como la piedra que á la mar se arroja.

¡Oh cómo tus entrañas están llenas  
De roedora amargura!  
¡Oh cómo nubla la mortal congoja  
De tu faz la hermosura!  
¡Oh cómo surca el rio de tu llanto  
Tu pálida mejilla!  
¡Oh cómo abandonada á tu quebranto  
Del oceano en la orilla,  
Gimes y clamas y los brazos tiendes  
Por calmar la ira de la mar y el cielo,  
Y del trágico fin ver si defiendes  
Del humano destino el barquichuelo!

No de Agar el dolor cuando moria  
Su Ismael en el desierto,  
Ni el que sintió la Sunamiti pia  
Cuando á su hijo vió muerto, (21)

No se compare al tuyo, ¡oh madre, oh madre!  
Que el tuyo es sin segundo,  
Cuando ves que huye tu regazo y busca  
Su ruina ciego el mundo.  
¿Dónde están las naciones que su vida  
Débente, y su poder, gloria y riqueza?  
¿Dónde están los monarcas y guerreros  
Que en tu virtud hallaban su grandeza? . . . .  
¡Ay! cómo van el pueblo y el monarca  
Y el guerrero pasando,  
Furiosos de sus frentes la honda marca  
De la cruz restregando!  
¡Cómo al paso arrebatan en girones  
Tu hermoso manto regio,  
Y de infames pesados eslabones  
Cargan tu cuello egregio!  
Llamas sus lenguas son de las hogueras  
Que las manos diabólicas atizan,  
Y con ellas abrasan la honra tuya  
Y tu espíritu á un tiempo martirizan.

¿Y todos de ser tuyos sonrojados  
Te abandonan ó ultrajan?  
¿Y á quién te hiere más, alborozados  
Aplauden y agasajan?  
¿Sola estás, madre mía, en el suplicio?  
Ni un hijo tuyo queda  
Que, nuevo Juan, al fiero sacrificio  
Estar presente pueda? . . . .  
Hay uno, solo hay uno. . . . ¡Ah! lo conoces!  
De la fe primitiva  
Arde en su mano la sagrada antorcha  
Inextinguible y viva.  
Desde las cumbres de los canos Andes  
Tiene vuelta hácia tí la jóven frente. (22)  
Los ricos poderosos y los grandes  
Con desden le contemplan insolente,  
O en destempladas frases le zahieren;  
Mas él ve tu dolor, oye tu queja,  
De sus hermanos la impiedad deplora,



Y aunque ni acero ni cañon maneja,  
Cumple con su deber: ¡se postra y ora!

## XVII.

¡Cuán terrible es tu cólera, Dios justo!  
¡Qué espíritu no tiembla? ¿quién resiste?  
Cruge al sonar tu voz tu solio augusto,  
Palidecen turbadas las estrellas,  
Gime la creación... ¿Dónde pudiste  
Ocultarte, mortal? Tú solo fuiste  
Incitador de la justicia santa,  
¡Tú, siervo del pecado!  
Y ella te ha devorado  
Como una hilacha el fuego. ¡Oh Dios, Dios santo!  
¡Cuán terrible es tu cólera! Los siglos  
Al pasar barrederos por el mundo  
No han borrado sus huellas.  
Cataratas y mares te obedecen,  
Parte á tu voz el rayo furibundo,  
Brama el diluvio, y la maldad se aboga.  
En desatada lluvia de centellas  
Tu venganza descende y las nefandas  
Ciudades desaparecen.

¡Cuán terrible es tu cólera! Hoy empero  
Más atroz que solia se desfoga:  
¡No es comparable el fiero  
Cataclismo, Señor, al abandono  
A que condenas al culpable humano!  
¡Dejarle presa de su propio encono!  
Confiar solo á su mano,  
Para el mal expedita, su destino! . . . .  
¡No ves cómo frenético ataraza  
La enseña que redime y da decoro?  
¡No ves cuál despedaza  
La santa escala de oro  
De tu alcázar divino,

Y abre á la perdicion ancho camino?  
¿No ves, no ves con qué ira  
De la verdad blasfema,  
Y en los brazos morir de la mentira  
Es su gran pensamiento y noble tema?  
¿Y hubo castigo más atroz? ¡Ah, nunca! . . .

Pero ¿hasta cuándo, oh Dios, ¡ay! hasta cuándo  
Harás ostentacion de tu justicia?  
¿Tu santa indignacion se irá aumentando,  
Y no tu diestra tenderás propicia  
A salvar á tu Iglesia y á salvarnos?  
¿Juraste, por ventura, aniquilarnos  
Para dejar tu enojo satisfecho?  
¿Que eres padre te olvidas? ¿Ya no cabe  
Que el mundo haya salud? ¿Ya tu clemencia  
No hará más los portentos que hacer supo,  
Y aprisionada en tu irritado pecho  
La tendrá del rigor la dura llave?

¡Cálmate, pues, Señor! misericordia  
Ten de tus infelices criaturas.  
Refrena, que es ya tiempo, la insolencia  
De la impiedad maldita.  
¡Misericordia, oh Dios! Las ataduras  
Que las sujeta de Satan al carro  
Tu benéfica diestra despedace.  
No mas esclava del caduco barro  
Yazga el alma infinita,  
En buscar infortunios pertinace.  
Si es grande tu justicia, si es terrible,  
¿No es inmenso tu amor? ¡Tu amor que vela  
De tus divinas manos por la hechura,  
Atento á la plegaria irresistible  
Que sin cesar desde el Calvario vuela  
De tu sublime trono hasta la altura!  
¿Sabe, Señor, la humanidad lo que hace?  
Hoy que contra tu Cristo se revela  
¿No al ciego pueblo imita  
Que le arrastró al suplicio,

Y para quien perdon te demandaba? (23)  
¡Piedad! piedad! La Víctima subsiste  
Aun sangre en nuestras aras gotéando,  
La Víctima bendita  
Qué así por sus verdugos te rogaba!

Descienda tu anhelado beneficio  
Cual abundante lluvia, y de la tierra  
La iniquidad que te ha ofendido lava.  
Abate, oh Dios! aterra  
Del infierno el poder: cese su guerra,  
Y la hija de tu amor, la Iglesia santa,  
Libre y en paz respire.  
Y á tu gran siervo, el invencible Pio,  
Cuya firmeza en defenderla es tanta,  
Que no hay humano brio  
Que á dominarle poderoso aspire,  
Sin que se estrelle mísero á su planta;  
A tu siervo, holocausto permanente  
Que del dolor las brasas atormentan,  
Y en vez de consumirle  
¡Oh prodigio! sus fuerzas alimentan,  
Y hácenle erguir con mas vigor la frente;  
Liberta, salva, ¡oh Dios! ¡Fin á su dura  
Terrible prueba! El sol del Vaticano  
Resplandezca sin nube que le estorbe;  
A su luz viva y pura  
Crezca el pueblo cristiano,  
Y cubra, mar sin límites, el orbe.  
Apresura, Señor, el dia ansiado  
De tus misericordias; apresura  
De la Iglesia el sublime magisterio  
Universal; sobre las negras ruinas  
Del trono del pecado,  
De la Verdad y la Virtud divinas  
Perdurable firmeza da al imperio.

Ambato, mayo, 1874.

## NOTAS.

- (1) Página 3. . . . . Las que miraron  
Calladas y suspensas el triunfante  
Paso del grau Josué. sagradas ondas  
Otra gloria más bella,  
Más clara y más excelsa contemplaron.

Jesus fué bautizado por San Juan Bautista, y descendió sobre él el Espíritu Santo, en el mismo lugar por donde pasaron los Israelitas el Jordan bajo el mando de Josué. En memoria de haberse suspendido milagrosamente las ondas del rio para el tránsito del pueblo de Dios, ese lugar se llamó *Bethabara*, y Josué mandó levantar en las inmediaciones un monumento con las piedras que se sacaron del fondo del álveo. Este monumento se conservaba todavía á principios del siglo V, segun el testimonio de san Jerónimo. Véase el *Libro de Josué*, cap. III y IV. En cuanto á la aparicion del Espíritu Santo en el bautismo de nuestro Señor, todos los Evangelistas están conformes. Los demas milagros referidos en el texto del poema parece que no necesitan explicacion.

- (2) Pág. 4. Sin atenuar de Jehová el enojo.

Los sacrificios que los antiguos justos hacian á Dios desarmaban su cólera y le volcian propicio; de estos ejemplos está llena la Sagrada Escritura; mas no alcanzaban á borrar la culpa original, y el cielo permanecia cerrado hasta para esos mismos justos. El Señor, en sus inexcrutables designios, habia dispuesto que su justicia no seria satisfecha sino con la inmolation de su propio divino Hijo. El hombre que cerró el Paraiso con su desobediencia, quedó inhábil para abrirlo, por más que hiciese grandes esfuerzos de virtud: las esposas del pecado le sujetaban las manos, y fué preciso que Jesucristo viviese á libertarle y á franquearle las puertas de la bienaventuranza.

- (3) Pág. 5.      Tiernas miradas y amorosos brazos  
 Sobre todos los pueblos extendiete,  
 Y para unirlos en el bien, los lazos  
 De fe y de caridad apercibiste.

Las virtudes que tanto bien han hecho al mundo moderno eran desconocidas del antiguo. La historia pinta las costumbres de aquellos tiempos con los más negros colores: la depravacion que las dominaba y corroia era espantosa. Las religiones, en vez de morigerarlas, tendian á favorecer el desarrollo de la gangrena halagando y fomentando todas las pasiones materiales. Por otra parte, de lo falso, ó de la expresion de la mentira en cualquier sentido que sea, nunca resulta bien niuguno; y sentimiento, ideas, principios, tendencias, aspiraciones, todo era falso en el politeismo difundido entónces en el mundo. Para que este se salvase era, pues, menester la aparicion de la verdad en toda su pureza confirmada por el sacrificio mas meritorio: la verdad que ilumina, fortalece y guia; el sacrificio que satisface la justicia eterna, que impetra la gracia, que rehabilita el alma. Y Jesus trajo la verdad, porque solo éi, como Dios, la poseia en todo su esplendor y pureza, en toda su fuerza y fecundidad. Y Jesus se sacrifico para dar testimonio de ella, porque solo un corazon divino podia haber poseido el amor infinito, la virtud típica y sobrenatural, la abnegacion inmensa y absoluta que requería ese testimonio. Hijas de esa verdad y de ese sacrificio, ó mas bien, hijas del Hombre-Dios son, pues, la fe, la caridad, la esperanza, el amor á la pobreza y humildad, la castidad angélica, el heroismo de la abnegacion, y todas aquellas inestimables joyas del espíritu que se llaman virtudes cristianas, y que han causado en la humanidad la benéfica revolución que la ha traído al punto de civilizacion en que hoy se halla. No podemos resistir á la tentacion de poner á continuación, vertido al castellano, un breve trozo de la introduccion de M. de Genoude á la *Razon del Cristianismo*.

“La civilizacion de Europa es obra del cristianismo. En efecto, los trabajos de los san Pablos, san Agustines, Orígenes, Crisóstomos, Atanasios &c. son los que, demostrando la armonía de los hechos del Antiguo Testamento, estableciendo las relaciones de la ereccion del hombre y de su caida con la redencion, de la mision y los padecimientos y muerte de Jesucristo con la moral que ha venido á revelar al mundo; deduciendo las consecuencias de aquellos hechos y de esta moral en su aplicacion á la vida social, á la vida de familia y á la vida íntima, han levantado todo el edificio de la Razon de los pueblos cristianos, han coordinado todas las ideas de derecho y de deber; ideas que la tradicion ha perpetuado despues, que los juriconsultos y los moralistas han desenvuelto, y que han llegado á ser reglas de conducta de gobiernos y pueblos. Así, el derecho de gentes, el derecho político, el derecho civil, los

deberes de rey, de súbdito, de padre, de hijo, de ciudadano, de amo y de criado, tienen su origen y definición en esta filosofía cristiana. Si fuese necesario probar que la razón natural y las nociones transmitidas por la antigüedad profana no pedían haber producido la civilización moderna, bastaría demostrar que uno de los más grandes ingenios de Grecia, Aristóteles, ha escrito que había en la especie humana razas predestinadas á la esclavitud; recordar que las leyes de Lacedemonia autorizaban el robo, que los romanos miraban como un derecho el reducir los demás pueblos á servidumbre, y aun destruirlos; que sus leyes penales contenían frecuentes exenciones en favor de los que poseían riquezas y crédito; y, tomando solo un ejemplo de las naciones asiáticas, que Confucio, cuya moral háse hallado tan bella que frecuentemente se la ha comparado con la de Jesucristo, obligaba á mirar con odio á muchas clases de gente, de las cuales da una larga lista:"

[4] Pág. 5. Jesucristo había dicho á sus apóstoles: "Id y enseñad á todas las naciones," y cumpliendo este precepto, y ayudados por numerosos compañeros atraídos por ellos á la fe, hicieron progresos tanto más asombrosos, cuanto fueron alcanzados en medio de las crueles persecuciones de tres siglos. Después de propagado el cristianismo en Judea y Samaria, casi simultáneamente fué predicado en los demás puntos de Asia, y pasó al Africa y Europa. San Matías lo llevó á Egipto, y san Pedro y san Pablo á Grecia é Italia. Santiago el mayor se cree que lo introdujo en la península ibérica. En el siglo II se contaban ya algunas iglesias en las Galias, y parece que á fines del mismo no era desconocida la nueva creencia en las islas británicas. San Justino, que escribía á mediados de dicho siglo, se lisonjea de que en ese tiempo el Evangelio había sido predicado ya en todo el mundo. No obstante lo milagroso de la propagación de que acabamos de hablar, se ha censurado la exageración del aserto del santo filósofo. Y en verdad, después de la paz de la Iglesia y de su afianzamiento en Roma, le quedó mucho que conquistar, y desde el siglo IV para delante, ha venido haciendo los progresos de que trata el poema un poco más adelante [XIII]. Nadie ignora, con efecto, que á la América trajeron la fe los españoles y portugueses en el primer tercio del siglo XVI, y que muy poco después la anunció á la India oriental san Francisco Javier.

[5] Pág. 6. Ve brotar con espanto el enemigo  
De cada gota de tu sangre un héroe  
O un sabio á defenderte.

Tertuliano había hablado en su *Apologetico* de la fecun-

didad de la sangre de los mártires, para producir mártires, y M. Genoude, imitándole, dice en el prefacio á sus *Lecciones y modelos de literatura sagrada*: "La Iglesia engendraba filósofos, como engendraba mártires. Basta citar los nombres de los Clementes de Alejandria, de los Cirilos, Juan Crisóstomos, Orígenes &c."

El mismo autor, hablando de las persecuciones contra la Iglesia, dice en otra parte: "Desde Neron hasta Constantino la persecucion no aflojó y la sangre corrió sin cesar. Los príncipes mas justos y virtuosos, cuando se trataba de los cristianos se convertian en verdugos. Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Severo, parecia que competian en barbarie con Neron y Domiciano."

La 1ª persecucion, ordenada por Neron, fué hácia el año 64; la 2ª bajo Domiciano, hácia el último tercio del mismo siglo; la 3ª bajo Trajano, á principios del siglo II; la 4ª en tiempo de Adriano, por el año 125 ó 127; la 5ª en el de Marco Aurelio, hácia principios del último tercio del mismo siglo II; la 6ª bajo Septimio Severo, en 201; la 7ª bajo Maximino, de 235 á 238; la 8ª mandada por Decio, de 249 á 251; la 9ª decretada por Valeriano, de 253 á 260, y la 10ª que ordenó Diocleciano y duró diez años, de 303 á 313. Estas son las persecuciones generales y que pueden llamarse oficiales; pero antes y despues de esta larga época, hubo persecuciones locales y particulares, ya por efecto del odio de los judios á la nueva creencia, como sucedió con san Estévan y Santiago el Mayor, martirizados antes del edicto de Neron; ya por el odio y la supersticion del paganismo que despues de caido y espirante arrojaba aquí y allá repentinas llamaradas que alcanzaban á los fieles. En tiempo de Juliano los padecimientos de la Iglesia fueron grandes y no pocos los mártires.

En cuanto á las catacumbas, muchos autores las han descrito, y es digna de recomendacion la pintura que de ellas hace el Cardenal Wisseman en su *Fabiola*. Para apoyar lo que hemos dicho en el texto, bastará transcribir lo siguiente de la *Historia universal* de Cantú: "Son, pues, cuevas subterráneas, sin más adorno que los nichos abiertos en los costados, en muchos órdenes como en los palomares, y que de vez en cuando conducen á cámaras adornadas de estucos, y á capillas y celditas en donde se celebraban los sagrados misterios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente Alejandrino, Arnobio y Lactancio, respondian á los paganos que preguntaban en donde estaban los templos y los altares de los cristianos, que solamente eran agradables á Dios los que se erigian en los corazonas. Pero de tales respuestas materiales no puede deducirse que no los tuviesen; solamente querian manifestar aquellos el aborrecimiento á las supersticiones gentílicas, y las Catacumbas son un testimonio de que tuvo el cristianismo desde sus primeros instantes iglesias y altares. Las Catacumbas eran el único templo que los cristianos podian construir, como si el arte hubiese debido,

para regenerarse, recorrer el estadio de su infancia, cuando se ejerció en las grutas ántes de salir á cielo descubierto. Despues que no fué necesario ocultarse en ellas, fueron veneradas como teatros de aquellas escenas devotas, en las cuales en conmemoracion de los difuntos, se preparaban los fieles á seguirlos, y al morir los devotos solicitaban dormir al lado de aquellos santos para participar de su intercesion. Así, pues, fueron frecuentadas hasta el siglo XII, despues del cual solo se visitaba aquella á la cual se entra por la iglesia de san Sebastian."

(6) Pág. 7.

"El triunfo de Aureliano fué pomposo como ninguno. Iban á la cabeza veinte elefantes, cuatro tigres, y ademas doscientas fieras de las mas raras y curiosas de Oriente y Mediodia; despues seguian mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro; y á continuacion iban los tesoros del Asia y de la reina de Palmira, dispuestos en vistosa confusion, y en una infinidad de carros, banderas militares, yelmos, escudos y corazas. Los embajadores de las regiones mas remotas, etíopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos, llamaban la atencion, tanto por su extraña fisonomía, cuanto por la riqueza y singularidad de su traje. Los productos de todas las comarcas y las coronas de oro que las ciudades le habian ofrecido en señal de agradecimiento, atestiguaban la obediencia y adhesion del mundo hácia aquella Roma que estaba al borde del sepulcro. Marchaban detras largas filas de Godos, Vándalos, Sármatas, Alemanes, Franceses, Galos, Sirios y Egipcios encadenados; diez guerreras godas, cogidas con las armas en la mano y que se titulaban nacion de las Amazonas; el emperador Tétrico y la reina Zenobia, aquel con los gregüescos al estilo de los Galos, la túnica amarilla y manto de púrpura, acompañado de su hijo y de los cortesanos de las Galias; la reina de Oriente cubierta de joyas y con cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenidas por esclavas persas; y en pos de ella el magnifico carro que habia preparado para cuando debiese subir triunfante al Capitolio, y otros dos, no ménos lujosos, uno de Odenato y otro del rey de Persia. En el cuarto iba Aureliano, tirado por cuatro ciervos [rengíferos], arrebatados á un rey godo; cerrando la comitiva que se adelantaba en medio de vivas y aclamaciones, los senadores y los mas ilustres ciudadanos. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, y combates navales, coronaron ó hicieron memorable aquella solemnidad." (*C. Cantú*).

(7) Pág. 8.

....Del maldito  
Rencor, de la mentira y su gemela  
La calumnia infernal, ya no retumba  
El eco vil en la ciudad famosa.

La persecucion de la palabra precedia ó iba junto con la persecucion del acero y de las hogueras: se escarnecia á los cristianos de cuanta manera se podia en el furor del odio y la venganza; eran tratados de malvados, de cínicos, de infames &a; y se les atribuian hechos crueles, bárbaros y nefandos en las reuniones clandestinas á que se veian forzados por la misma persecucion. Tácito, al referir los atroces tormentos á que los condenó Neron, que los hacia encender en sus jardines á que sirvieran de antorchas en las fiestas circenses, los trata de *odiados malhechores* y de *enemigos del género humano*.

En los tiempos modernos, en que ha resucitado el odio contra el cristianismo, menudean tambien las calumnias y los ultrajes. Voltaire, el repugnante sátiro de la filosofía antireligiosa de nuestros dias, llamaba á Jesucristo *el infame*; y sus discipulos, ya que no se le igualan en talento, se empeñan en igualársele en audacia é insolencia, y aun le vencen.

(8) Pág. 8.

Tu séquito ¡qué inmensa muchedumbre  
De miserable gente!..&a.

Un Papa, á quien un tirano le ordenó que le entregase los bienes de la Iglesia, le presentó una multitud de pobres, ancianos, huérfanos y enfermos, diciéndole: *Estos son nuestros tesoros*.

La caridad, virtud que abraza todos los afectos más tiernos, generosos y heroicos del corazon humano, era desconocida del paganismo. La hospitalidad no fué antiguamente sino el débil reflejo de una de las faces de la caridad, y su expresion típica se halla en la fábula de Filemon y Baucis. A lo más, fuera de la hospitalidad, veíase la limosna, aunque tal vez solo aconsejada por los filósofos. Focílides decia: "Rico, tiende tu mano á los pobres, y da al indigente la parte que le toca de los bienes que Dios te ha dado." Pero los enfermos no tenian hospitales, los huérfanos carecian de asilo, los ignorantes vivian sin esperanza de instruccion, si no tenian con que pagarla; los que caian heridos en la batalla, perecian por falta de una mano salvadora; los que eran esclavizados, morian en sus cadenas, pues no hallaban quien los redimiese; los que lanzaban una injuria, no podian esperar perdon, porque la venganza era *cosa dulcísima á los corazones nobles*, era el *placer de los dioses*, segun lo asevera Homero. La caridad enseñada

por el Hijo de Dios y difundida en el mundo por sus discípulos, fué el principal elemento con que triunfó el cristianismo, y por tanto es el fundamento de la civilización moderna. Bien pueden las ciencias hacer prodigios; bien pueden las artes y la industria elevarse á grande altura; bien puede la inteligencia ostentar todo su poder y brillar más que cien soles; sin caridad la civilización es una mentira. La verdadera civilización no consiste, pues, en el mayor desenvolvimiento posible de las facultades mentales, sino en la mayor perfección posible de los buenos afectos, en la recta dirección de las inclinaciones del espíritu: en el sentimiento y en la práctica de la caridad cristiana.

[9] Pág. 9. / Allí los que la triste  
Escarcha de los años abrumara,  
Para quienes apoyo siempre fuiste  
Y viva luz que el porvenir aclara.

"Numerosas son las causas de nuestros dolores. La autocracia puede perseguirnos y la mentira calumniarnos. Los lazos de una sociedad facticia nos ofenden. El destino nos hiere en lo que mas queremos. La vejez avanza hácia nosotros; época sombría y solemne, en la cual los objetos se oscurecen y parecen alejarse, y yo no sé qué frío y tético se exparece por todo lo que nos rodea. Entonces buscamos consuelos por todas partes, y casi todos ellos son religiosos.

"Cuando el mundo nos abandona, formamos aliauzas fuera del mundo. Cuando los hombres nos persiguen, nos creamos un recurso lejos de los hombres. Cuando vemos desvanecerse nuestras más caras ilusiones, la justicia, la libertad, la patria, nos lisonjeamos de que existe en alguna parte un SER que se agrada de que hubiésemos sido fieles, á pesar de nuestro siglo, á la justicia, la libertad y la patria. Cuando echamos méenos un objeto amado, tendemos un puente sobre el abismo y le atravesamos con el pensamiento. En fin, cuando se nos escapa la vida, nos lanzamos hácia otra vida. Así la religion es la fiel compañera, la ingeniosa é infatigable amiga del infortunio. El que mira como errores todas estas esperanzas, debería, á mi juicio, ser conmovido mas profundamente que ningún otro, por este concurso universal de todos los seres que padecen, por estas exigencias del dolor que de todos los puntos de la tierra se elevan al cielo. Frecuentemente me he admirado y aterrorizado al leer el famoso *Sistema de la Naturaleza* \*.

\* Obra execrable del Barón de Holbach, y una de las que mas han contribuido á pervertir la inteligencia y el corazón humano. Un escritor francés la llama *el evangelio del ateísmo y del materialismo*.

Esa tenaz animosidad de un viejo por cerrar ante sí todo porvenir; esa inexplicable sed de destrucción, ese entusiasmo contra una idea dulce y consoladora, me parecen un extravagante delirio." (*Benjamin Constant*).

- (10) Pág. 10. Y el portento que vieron  
De la idólatra Azot los torpes hijos.

En la ciudad de Azot estaba el templo de Dagon, ídolo que cayó despedazado delante del Area del testamento. Véase el *Libro 1º de los Reyes*, cap. IV y V.

- (11) Pág. 10. En las desiertas silenciosas naves.

Plinio el Joven, en su conocida carta á Trajano que comienza: "Solemne est mihi, Domini, &c." y que fué escrita poco mas ó ménos hácia el año 103, se queja de lo desierto que estaban los templos de los dioses y de que no se vendía la carne de las victimas, todo á causa de los cristianos que se multiplicaban prodigiosamente, no solo en las ciudades, sino tambien en las aldeas y los campos. *Ep. XCVII. Lib. X.*

- [12] Pág. 11. El que á la hija de Rómulo gloriosa &c.

Los bárbaros que invadieron Roma abrazaban el cristianismo en el lugar sojuzgado, ó bien eran invadidos á su vez, digámoslo así, por los propagadores del Evangelio en sus mismos incultos y salvajes países.

- (13) Pág. 12. Ya del torvo Irminsul el bosque es templo &c.

Teutátes ó Irminsul eran las principales divinidades de los galos y germanos; los invocaban en sus guerras y les sacrificaban los prisioneros en medio de ceremonias misteriosas y sombrías. Sus sacerdotes eran los druidas.

(14) Pág. 12.      Con él penetra en la profunda cima  
Donde duermen los siglos que pasarou,  
Y el oscuro secreto desentraña  
De la suerte del hombre lastimosa.

La filosofía anticatólica combate la Biblia y los Evangelios, y al combatirlos quita todo fundamento racional á la historia del género humano, inventando, para subsanar tamaña falta, unas cuantas teorías á cual más absurdas sobre la ereacion, el origen del hombre &c. Muchos sabios y en todos tiempos han defendido victoriosamente la causa de Dios y la humanidad, y las ciencias mismas han venido en su apoyo, confirmando con sus descubrimientos la relacion de Moises y las palabras de los profetas. En las breves notas que vamos escribiendo, apenas cabe apuntar las opiniones y razonamientos de unos pocos grandes escritores. Chateaubriand ha dicho en el *Genio del Cristianismo*, al tratar de la Redencion: "Se ve desde luego surgir de este misterio la doctrina del pecado original, que explica cuanto es el hombre. Si no admitimos esta verdad, conocida por la tradicion de todos los pueblos, nos veremos cubiertos de una noche impenetrable; porque sin esta primera mancha, ¿cómo podríamos dar una razon suficiente de la inclinacion viciosa de nuestra naturaleza, combatida siempre por una secreta voz que nos dice haber sido formados para la virtud? ¿Cómo podríamos explicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor? ¿Cómo aquellos sudores que fertilizan un surco terrible? ¿De qué modo las lágrimas, los disgustos y las desdichas del justo? ¿De qué manera los triunfos y los delitos del malvado? ¿Y cómo, en fin, se podrá explicar todo esto sin admitir una caída primitiva? A causa de no haber conocido esta degeneracion, los filósofos de la antigüedad incurrieron en tan grandes errores, é inventaron el dogma de la reminiscencia. ¡Ah! para convencernos de la verdad fatal de donde nace el misterio que nos rescata, no necesitamos más pruebas que aquella maldicion pronunciada contra Eva, que cada día se cumple á nuestra vista. ¿Qué nos dicen esos dolores agudísimos del parto, al mismo tiempo que esa dicha de la maternidad! ¿Qué misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino predicho al mismo tiempo por el dolor y la alegría de la mujer que le da á luz! ¿Podríamos engañarnos respecto de los designios del Altísimo, cuando descubrimos de un modo tan claro los dos grandes fines del hombre en el parto de su madre, ni mōnos dejar de reconocer á un Dios hasta en una maldicion?"

M. Guizot en sus *Meditaciones sobre la esencia de la religion cristiana*, hablando del origen del mundo y del hombre, de su destino &c. dice: "Estos problemas soberanos no son para el hombre cuestiones de ciencia, sino de vida." Y luego desenvolviendo un pensamiento igual al del autor del *Genio del Cristianismo*, añade: "¿De donde vienen el mundo y el hom-

bre en medio del mundo? ¿Cómo han comenzado? ¿A dónde van? ¿Cuáles son su origen y su fin? Si hay leyes que los gobiernan, ¿hay un legislador? Bajo el imperio de estas leyes el hombre se siente y se llama libre; ¿lo es realmente? ¿Cómo se concilia su libertad con las leyes que á él y al mundo los gobiernan? ¿Es un instrumento fatal ó un agente responsable? ¿Cuáles son sus lazos y relaciones con el legislador del mundo? El mundo y el hombre mismo presentan un extraño y doloroso espectáculo. El bien y el mal, moral y material; el orden y el desorden; la alegría y el dolor, están en ellos mezclados íntimamente y en constante lucha. ¿De dónde proviene esta mezcla y este combate? ¿Son el bien ó el mal la condición y la ley del hombre y del mundo? Si es el bien ¿cómo está el mal con ellos? ¿Por qué el padecimiento y la muerte? ¿Por qué el desorden moral, la desgracia tan frecuente de los buenos y la felicidad tan repugnante de los malos? ¿Este es el estado normal y definitivo del hombre y del mundo?

"Estos son los problemas naturales; ya oscuramente presentidos, ya claramente poseídos que, en todo tiempo, entre todos los pueblos, bajo todas las formas y grados de civilización, por instinto ó por reflexión, han surgido y se levantan todavía en el alma humana.....

.....

"Lejos de estar en contradicción [el dogma del pecado original] bien con la historia de la humanidad, bien con los hechos y los instintos que constituyen la naturaleza moral del hombre, este dogma los admite, los aclara y explica. El suceso del pecado original nada tiene extraño ni oscuro; estriba esencialmente en la desobediencia á la voluntad de Dios, que es la ley moral del hombre. Esta desobediencia (el pecado de Adán) es un acto que se comete por todas partes y todos los días, por las mismas causas, con los mismos caracteres y las mismas consecuencias que le atribuye el dogma cristiano. Hoy día, como en el Eden, ese acto tiene por causa la sed de absoluta independencia, la ambición de la curiosidad y del orgullo, la debilidad delante de la tentación. Hoy día, como en el Eden, produce en el estado íntimo del hombre un cambio inmenso, un cambio cuya sola idea asalta y turba profundamente el alma humana; pues hace pasar al hombre del estado de inocencia al de pecado. Hoy día, como en el Eden, el acto que produce este cambio induce y entraña la responsabilidad, no solo de su autor, más también de sus descendientes; el pecado es contagioso en el tiempo como en el espacio, y se trasmite así como se difunde. El dogma cristiano muestra al primer creador falible, aunque nacido inocente; inocente á la edad de hombre, en la plenitud de sus facultades, extraño á toda mala y fatal herencia. Repentinamente y por primera vez, con su propia voluntad, el hombre desobedece á Dios; y este es el pecado original, el mismo, por su naturaleza, que el pecado actual, porque el uno y el otro consisten en la desobediencia á la ley

de Dios; pero en fecha, en la historia de la libertad del género humano, el primero es la fuente humana del mal, para el cual la religion cristiana, al mismo tiempo que le señala, presenta al hombre el remedio y la salud."

(15) Pág. 13. Por eso, oh Iglesia, de las artes bellas  
Eres fiel protectora &c.

M. de Chateaubriand, despues de tratar extensamente sobre la benéfica y activa influencia del cristianismo en la poesía, dice en su ya citada obra: "Como hermanas de la poesía, serán ahora las bellas artes el objeto de nuestro estudio. Siguiendo siempre los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre desde el momento que se presentó en el mundo. Ofreciéronla sus encantos humanos, y ella les dió su divinidad: la música puso en nota sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar con ella sobre los sepulcros, y la arquitectura edificó templos tan sublimes y melancólicos como su pensamiento."

Sentimos no poder trasladar en esta nota todo lo que, hablando de las bellas artes favorecidas por nuestra religion, trae el autor del *Genio del Cristianismo* en el libro 1º de la 3ª parte de esta obra; pero recomendamos su lectura á los que quieran ver ilustrados nuestros versos con la opinion, acerca de la materia que tratan, de uno de los mas insignes escritores modernos.

Más á propósito de los versos con que termina el trozo de la poesía que anotamos, no debemos dejar de recordar que á los monjes de la edad media se debe la conservacion de la literatura griega y latina, y que fueron sacerdotes católicos los que formaron la gran biblioteca de Constantinopla y el museo en que se conservaron las obras maestras de las artes del tiempo del paganismo. En nuestros dias basta echar una mirada á Roma para convencerse de la proteccion de la Iglesia á las artes en todas las épocas y bajo todas sus formas.

(16) Pág. 15. Desde el hircano mar al mar de Atlante,  
Desde el Nilo fecundó  
A las cimblicas ondas.

*Mar hircano*, hoy mar Caspio.

*Cimblicas ondas*. El mar del Norte, ántes *Mar de Germania*, y el Mar Báltico, llamado por los antiguos *Océano Sarmático*, forman la península de Jutlandia, que los romanos lla-

maron *Quersoneso cimblico*. Hoy hace parte del reino de Dinamarca. El cristianismo se introdujo en estos países á principios del siglo IX.

(17) Pág. 15.

Al industrioso chino  
Y al sabio hijo de Brahma  
Alcanzaron las ondas de tu celo, &a.

Se atribuye á santo Tomas la primera introduccion del cristianismo en la India y la China; pero el sabio Rémusat, fundándose en una inscripcion hallada en Si-'an-fou, asegura que lo llevó al imperio celeste, hácia el año 635, un sacerdote de Roma ó de Judea, á quien los chinos llamaban O-lo-pen, y que el célebre emperador Thai-tsoung favoreció su propagacion en sus dominios. Con todo, Arnobio el antiguo, que escribió en favor del cristianismo á principios del siglo IV, y que cita el mismo Rémusat, asevera que en su tiempo la fe de la Iglesia era conocida y profesada por los chinos. Quizá pudiera coordinarse la tradicion acerca de santo Tomas con el dicho de Arnobio, puesto que las semillas evangélicas esparcidas por el apóstol pudieron haber estado fructificando hasta la época de este escritor. En más de dos siglos pudo haber habido causas que produjesen la decadencia del nuevo culto, y á resucitarle y darle vigor iria O-lo-pen á principios del siglo VI.

En el XVI las misiones, á par de las conquistas, tomaron nuevo y admirable vigor. Cual más cual ménos, todas las órdenes monásticas tomaron parte en la ardua y divina tarea de atraer á la creencia católica á infinidad de pueblos de todos los cuatro vientos de la tierra; pero los que entre todos los misioneros sobresalen y llenan, por decirlo así, el mundo con sus empresas evangélicas, son los jesuitas. San Francisco Javier es el héroe principal de la fe en Oriente; su vida es una cadena de hechos que no se pudieran comprender, si no se supiera cómo prepara Dios algunos corazones para el ardiente celo por la gloria de su nombre, y para la caridad heroica salvadora de la humanidad.

Hablando de las misiones de esa época ha escrito el historiador Cantú estas palabras: "Salieron, pues, nuevos brazos de aquel gran rio cuyo origen está en Roma, y uno bajó al Oriente, regando á Constantinopla, la Siria, la América desde la bahía de Hudson, invadiendo el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guayana y el Paraguay; otro brazo regará las dos penínsulas indias, hasta Manila y las islas Filipinas, y el último irá á restaurar los viejos troncos de la civilizaciou en la China, el Tonkin y el Japon."

*El sabio hijo de Brahma.*

Este es el dios principal de los indios, á quien dan tambien otros nombres, segun sus atributos. La civilizacion entre los indios data de remotos siglos. Su literatura compite con la griega y la latina, y no fué conocida en Europa hasta fines del siglo pasado, en que los ingleses, especialmente M. Jones, comenzaron á estudiar el *sanscrito*, lengua sagrada y ya muerta de aquella nacion. Este estudio, hoy bastante difundido entre los sabios de Europa, ha venido á hacer importantes revelaciones á la historia y las ciencias morales.

- (18) Pág. 17.      Y surgió multiforme la herejía,  
                          Y la impiedad nació....

En tiempo de los apóstoles aparecieron los heresiarcas Simon el Mago, Cerinto y Ebion. Al primero se le opuso san Pedro, y contra los segundos escribió san Juan su Evangelio. Marcion, Basilides y otros propagaron sus errores en el siglo II. En el III y principios del IV aparecieron los de Sabelio Manés y Novaciano; pero la herejía de Arrio, entre las de aquel tiempo, fué la que tomó mayor vuelo, hizo mayores daños á la Iglesia y duró mas largo tiempo. (Hasta mediados del siglo VII).

- (19) Pág. 18.      Visten á veces monacal cogulla &ca.

Largo seria enumerar las alusiones que contiene este trozo; más el lector ilustrado podrá hacer fácilmente las aplicaciones recordando al padre Lutero y otros hasta el padre Jacinto; á Voltaire y sus secuaces del siglo pasado, hasta sus raquíticos imitadores del presente; á los Julianos, los Enrique octavos, y esa multitud de príncipes de hoy en día que sufren el látigo de la revolucion sin poder decir que no lo merecen, pues en vez de buscar el apoyo de sus gobiernos en la justicia y la moral, las ultrajan por sí mismos ó no tienen valor para defenderlas, y ni siquiera se acuerdan que la única fuente de ellas es la religion: á las sociedades secretas esparcidas en todo el mundo, verdaderos laboratorios de iniquidad; á la imprenta, en fin, de la cual tanto se abusa, y que ha llegado á ser arma funestísima en manos de la impiedad.

- (20) Pág. 19.      Va donde iba otro tiempo.

Todo se materializa en el día; el racionalismo que tanto

va cundiendo, no es otra cosa que la deificacion de la naturaleza humana despojada del espíritu. Por poco que se medite sobre la tendencia de las ideas revolucionarias modernas, se horroriza uno al entrever el abismo que preparan á la humanidad. Los pensadores mas sesudos comprenden la extension é intensidad del mal, y hay muchos que lo combaten; pero por desgracia sucede con él lo que con aquellas úlceras cancerosas que resisten á todo medicamento y se reproducen á despecho del escalpelo. Las condiciones actuales de la sociedad son mucho más desfavorables á una reaccion moral, que las de los tiempos anteriores al cristianismo. ¡Ah! cuán grande es la diferencia! Entonces habia tinieblas, y la luz de la razon no bastaba para disiparlas; hoy dia hay luz divina, y se cierra los ojos para no verla. Entonces venia el daño de una fuente que se remontaba á los orígenes del mundo; hoy se lo busca. En la actualidad tiene, pues, la voluntad mayor parte en la depravacion del corazon que la que tuvo en otros tiempos, porque la cultiva, si así puede decirse, con desprecio de la gracia.

"Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando hacer asiento, sin que lo consiga. Entonces dice: Tornaréceme á mi casa, de donde he salido. Y volviendo á ella la encuentra desocupada, bien barrida y alhajada. Con eso va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: con que viene á ser el postrer estado de aquel hombre mas lastimoso que el primero" \*.

¿No trata la sociedad moderna de asemejarse á ese hombre pintado por Jesucristo? Antes de su venida un demonio habíase apoderado de ella. Jesus lo expulsó; pero la sociedad ingrata reniega de la obra del Hijo de Dios, se muestra mal avenida con su propia regeneracion y salvacion, y abre sus entrañas para que una legion de espíritus inmundos penetre en ellas. Y entonces ¿no vendrá á ser su postrer estado peor que el primero?

Hablando de San-Simon, Fourier y Robert Owen, famosos envenenadores de la sociedad, M. Luis Reybaud, que á vueltas de la indulgencia con que trata á esos y otros malhechores en una de sus obras \*\*, tiene tambien ideas que no están en armonia con la santa austeridad de la moral cristiana, ha condenado sin embargo las malas doctrinas. Ha tenido miedo de romper la copa que contiene la ponzoña; mas conoce lo dañoso y letal de esta, la analiza y enseña al público para que la tema. Entre varios trozos recomendables, hallamos el siguiente:

"Hasta aquí la represion de los malos instintos y la lucha contra las pasiones sensuales habian constituido uno de los más bellos títulos del hombre y uno de los más nobles empleos de su voluntad. En esta victoria sobre sí mismo, en este obrar de su razon sobre sus inclinaciones, se veia el verdadero signo de

\* San Mateo. Cap. XII. vv. 43, 44 y 45.

\*\* Estudios sobre los reformadores modernos.

su grandeza, el brillante testimonio de su origen. Obedecer á los instintos naturales, era destino del bruto; domarlos, era prenda del hombre. Que el cristianismo haya llevado muy lejos este combate; que haya cambiado la abnegacion en ascetismo, no se podria negar; pero esta exageracion encontraba su correctivo en nuestros propios instintos, y no exponia la humanidad á la decadencia. Romper el equilibrio en el otro sentido, proclamar la legitimidad absoluta é ilimitada de las pasiones, declarar que su satisfaccion completa bajo todos aspectos y en todas las cosas, llegaria á ser desde hoy la ley del universo, ¿no seria, por el contrario, abrir la puerta á todos los desarreglos, á todos los excesos; despojar la vida de su ideal y destronar el espíritu para coronar la materia?

"Esto, sin embargo, es lo que han hecho nuestros tres reformadores, lo que han dicho y enseñado en términos casi idénticos, y como si se hubiesen puesto de acuerdo. Han despreciado cuanto nuestra moral glorifica, y han absuelto cuanto ella condena. Juzgan que dominarse es una locura, y abstenerse una puerilidad. La facultad de domar nuestros instintos que sentimos en nosotros mismos, de la cual tenemos conciencia, y que con tan puros gozos paga nuestros esfuerzos; el contento que acompaña un triunfo obtenido sobre nuestras flaquezas; esos combates interiores en que el ángel abate al demonio: todo esto para ellos no es otra cosa que una preocupacion, una ilusion, el fruto de imaginaciones enfermas. Ceder á la naturaleza, abandonar á las provocaciones de los sentidos, gozar de todo sin medida y sin reserva, he ahí la virtud. Pase, sin embargo, sino se tratara más que de un capricho epicúreo; pero se ha querido hacer una filosofía, un sistema, una predicacion. La ley que gobernaba la isla de Circe ha encontrado comentadores y apóstoles. Uno de ellos la eleva á la altura de un principio religioso; el otro la convierte en un resorte social y el tercero en un agente esencial de nuestros destinos. Los papeles están cambiados: de hoy en adelante el cuerpo será el señor y el alma la esclava. O bien, el alma y el cuerpo serán libres, y cada uno en su esfera podrá recorrer impunemente y con legítimo derecho el círculo entero de sus caprichos. Los tiempos de la privacion y sujecion han pasado; hasta la misma distincion del bien y del mal es una sutileza superflua, rancia, funesta; ya no hay que escoger entre las pasiones, y es mejor obedecer á todas.

"Fácilmente se adivina cuánto esta fácil moral amenaza dañar la economía actual de nuestras sociedades. Los reformadores se inquietan poco de desorganizar el mundo antiguo, porque tienen un nuevo que ofrecernos; pero á los hombres que todavía no están convencidos de la eficacia del remedio, toca impedir que impere y se agrave el mal. ¿A dónde iriamos, ¡gran Dios! si arrebatándonos hasta el sentimiento de nuestras últimas virtudes, no se nos dejase sino nuestros vicios? De esta manera todo lo que hasta aquí ha obligado la estimacion de la multitud, como el honor, el heroismo, el desinterés, la pobreza no-

blemente soporta la, la probidad irreprochable, el respeto de la fe jurada, la abnegacion, la consagracion á la patria y á la familia: todas aquellas cualidades que resultan de la educacion del alma, de la voluntad, de la reflexion, no serian sino sentimientos vanos, titulos sin valor, controvertibles y arbitrarios, y puerilidades indignas de alabanza! En ninguna de las sociedades que se nos forjan hay cabida para esos méritos que son el resultado de un trabajo, y frecuentemente el fruto de un largo combate. Se ofrece al hombre volverle feliz, pero con una felicidad pasiva, inerte, independiente de sus esfuerzos. Estamos fatalmente condenados á la felicidad terrena, y buscar virtudes fuera de nuestros instintos, es oponernos á nuestros destinos.

"Es de temer que nuestras sociedades, al contacto de tan singular ensenanza, pierdan la poca vergüenza y pudor que aun les queda. Si la práctica del bien ve desvanecerse su último encanto, si el mal, sistemáticamente justificado, viene á ser un elemento necesario y respetable de la vida, creemos que la eleccion no permanecerá mucho tiempo indecisa entre los hombres. Pero á qué civilizacion puede llevarnos! Lo ignoramos. Con todo, es evidente que tales principios se infiltran, que germinan, que dan sus frutos. Se ha conducido, se ha empujado á nuestro siglo hácia la satisfaccion de sus deseos, y él se precipita con una animosidad espantosa. Se ha querido inspirarle desprecio de aquellas virtudes que fueron en otros tiempos el honor y la gala de la humanidad, y ha llegado ya á profesar, cuando ménos, indiferencia por ellas. Habiéndosele predicado el culto del utilitarismo, parece haber perdido toda nocion de la verdadera grandeza. En política, los empleos y las dignidades son objeto de un asalto continuo, en que los combatientes no hacen sino cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han pasado de raya: el menosprecio de toda regla ha conducido en recto á la depravacion y al caos. La antigua moralidad ha desaparecido, y es difícil decir en dónde está la nueva. En vez de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba, no hace mucho, las generaciones, hay ahora cátedras para todas las locuras, y auditorios para todas las monstruosidades. El vértigo hase apoderado de las cabezas, y la duda de las almas. No se sabe lo que se ha de creer ni lo que se ha de rechazar. Se ha destrozado todo y nada se ha fundado. Podria decirse que la sociedad desierta de sí misma, se deleita en medio de ruinas y presta sus manos á su propia destruccion."

Sombrio y deconsolador es el cuadro que nos presenta M. Reybaud, y no obstante, quien examine con cuidado las llagas de la sociedad contemporánea, habrá de confesar que nada tiene exagerado. Al contrario, pudiera retocársele con ventaja, puesto que desde el tiempo en que se escribió la obra de la que hemos tomado esas líneas, las doctrinas disolventes é infernales se han desenvuelto hasta manifestarse en hechos prácticos que han cubierto de sangre y luto algunos pueblos, ó cuando ménos han mostrado nuevas faces mucho mas monstruosas que las del sa

*simoniano*. Para comprobar esta tristísima verdad, hay de sobra con fijar un momento la atención en los horrores de la *Comuna*, en los desórdenes de España, en la persecución contra el catolicismo, especialmente en Alemania, en la conculcación de los derechos de la Iglesia y los ultrajes al Padre Santo, y en el ateísmo de casi todos los gobiernos.

En cuanto á las nuevas faces de la revolución moral de que hablamos, creemos que bastará apuntar lo siguiente en que se ha ocupado el periodismo europeo, y aun el americano, no hace muchos días. Bakounine, principal revolucionario ruso y que quiere se lleve la revolución hasta el último grado de *perfección*, ha dicho en una de sus recientes publicaciones:

"Nosotros comprendemos la revolución en el sentido del desencadenamiento de lo que hoy se llaman malas pasiones, y en la destrucción de lo que se considera orden público. No tememos, sino que por el contrario invocamos la anarquía, convencidos de que de esta anarquía, esto es, de la manifestación completa de la vida popular desencadenada, deben salir la libertad, la igualdad, la justicia, el nuevo orden y la fuerza misma de la revolución contra la reacción. Esta nueva vida (la revolución popular) indudablemente tardará poco en organizarse, pero vendrá creando su organización revolucionaria de abajo arriba, de la circunferencia al centro, conforme con el principio de libertad, y nunca de arriba abajo, ó del centro á la circunferencia, según el proceder de toda autoridad, que por el mero hecho de serlo poco nos importa que se llame Iglesia, monarquía, estado constitucional, república mesocrática, ó bien dictadura revolucionaria. La revolución, tal cual nosotros la entendemos, deberá desde el primer día destruir radical y completamente el Estado. De esta destrucción serán consecuencias naturales y necesarias: 1º La bancarota del mismo Estado; 2º El dejar de satisfacer las deudas ya no garantizadas por el Estado, quedando únicamente el cumplirlas al arbitrio de los deudores; 3º El no pagar tampoco más impuestos directos ni indirectos; 4º La disolución de los ejércitos, de la magistratura, de las oficinas de policía y de los curas; 5º La abolición de la justicia oficial, la suspensión de todo lo que jurídicamente se llama derecho y del ejercicio de estos derechos; en su consecuencia, abolición y auto de fe de todos los títulos de propiedad, testamentos, donaciones, escrituras de ventas, procesos y demás papejería judicial y civil; en una palabra, en todas partes y para cada caso, el derecho revolucionario sustituyendo al derecho creado y garantido por el Estado; 6º La confiscación de todos los capitales productores y de los instrumentos de trabajo, en provecho de las asociaciones de trabajadores, quienes deberán aprovecharse colectivamente de sus productos; 7º La confiscación de los bienes de la Iglesia y del Estado, como también de los metales preciosos de *los particulares* en provecho de la Alianza federal de todas las asociaciones obreras, alianza que constituye la *Comuna*."

"Como la lógica es inflexible, dice el periódico de donde tomamos esas líneas \*, de tales premisas, ¿cuáles serán las consecuencias? cuál es para Bakounine el revolucionario completo, el ultra-tipo? Es el bandido ruso, el hombre enemigo de la sociedad hasta el punto de profesar el honroso oficio de saqueador de caminos. Así lo indica, á lo ménos, en uno de sus folletos titulado *Fórmula de la cuestión revolucionaria*. "El latrocinio, dice, es una de las fórmulas más honrosas de la vida popular rusa. El bandido es el héroe, el defensor, el vengador del pueblo, el irreconciliable enemigo del Estado, el que combate á muerte contra toda civilización, compuesta de funcionarios, nobles y sacerdotes. . . . El bandido en Rusia es el verdadero y único revolucionario; revolucionario sin frases ni retórica entresacadas de los libros; revolucionario infatigable, irreconciliable é irresistible en la acción; revolucionario á la vez que popular, social, y nunca político regimentado. . . . En él solo existe la verdadera y constante conspiración, y con él debe irse cualquiera que desee verificar una revolución completa en el estado social del pueblo."

No faltan entre nosotros muchas personas que han adoptado el simple liberalismo, si se nos permite la expresión, el cual consiste en algunas doctrinas de apariencia inocente y justa; pero que sin embargo son gérmenes de disidencias, no diríamos de los principios católicos, sino hasta de las ideas puramente racionales; son como las primeras piedras del cimiento del edificio revolucionario. Otras personas hay, aunque pocas, que han avanzado algo más, y abrazan ya el liberalismo abiertamente antireligioso; y por último hay otras que hacen ostentación de fría indiferencia. A nuestro ver, ninguna ha descendido al fondo de tan importante cuestión; no ha meditado en ella, no la conoce; su conciencia no estriba en otro fundamento que en la opinión volandera del periodismo insustancial, en las falsas especies de la charla de las tertulias, ó en la propia ignorancia que no quieren disipar por pereza de leer, estudiar y meditar. Todas ellas son criminales, todas son responsables, poco ó mucho, en este trastorno social, en este derrumbamiento de la verdadera y única civilización que ha venido levantado el cristianismo desde ahora diez y nueve siglos á costa de tantos y tan heroicos esfuerzos. A la gente de quien hablamos debería preguntarse cómo le queda el ánimo cuando ve las atrocidades de la última revolución francesa, hija del liberalismo, la anarquía de España y las huelgas amenazantes de los obreros que ya no se avienen con el trabajo honrado, frutos también del liberalismo; y cuando oye la predicación de los Bakounines que abandonan en todas partes y hablan todas las lenguas como apóstoles del liberalismo llegado á su último punto de madurez. Si no se sorprende, si no se espanta, si no tiembla, es claro que

---

\* La *Gaceta internacional* de Brusélas. N<sup>o</sup> 103, del 2 de abril de este año.

se conforma con la invasión del mal y que le parece santa cosa el progreso de las doctrinas revolucionarias que tienden á poblar la tierra de cosacos y beduinos. Si por el contrario conoce lo infernal de ellas y teme las consecuencias de su propagación, ¿cómo sigue siendo liberal?

No somos pesimistas; hablamos con la convicción que nos dan los hechos, y la lógica de estos es invencible. Si así no fuera, no sabemos para qué pudiera servir la historia, cuya autoridad ha sido hasta aquí venerada por todos los hombres de buena fe.

El impulso satánico está dado con tal vigor, que ya es muy difícil contener á las sociedades en su precipitado descenso. A lo menos en lo humano no vemos remedio, pues si antes la razón era impotente, ahora que se la hermana con la impiedad y la locura; ó en términos mas claros, ahora que á posta se la anula, ¿cómo podrá servir de resguardo, defensa y guía á la pobre humanidad? ¿Se consumará, pues, el desbarajuste y cataclismo moral del mundo? Respondan los sucesos del presente por los del porvenir.

Pero en todo caso, la verdad quedará rebalsando, cual otra Arca de Noé, sobre las ondas del inmenso mar que cubrirá las mil Sodomas en que hierve hoy la iniquidad de los liberales, de los socialistas, de los reformadores, de los revolucionarios, de todos los asesinos del orden social que con distintos nombres pertenecen á un solo bando, al bando de Satanaés.

Y la Verdad es el cristianismo, y el cristianismo salvará otra vez el mundo, y rehará la civilización, animando con su soplo divino el abatido espíritu del hombre. Y será menester de nuevos héroes de la fe, de más sangre de mártires, de otros esfuerzos de la sabiduría, de multiplicados prodigios de caridad y abnegación. Y será preciso que se reedifiquen los conventos para que vuelvan á tener en ellos asilo la virtud, el saber y las artes; como en la edad media. Y será indispensable que los frailes, tan menoscabados hoy por el orgullo de la impiedad, metan su breviario bajo del brazo, tomen una cruz y vayan, como siempre han ido, á buscar pueblos que traer á la civilización y la vida, y recibir en cambio el tormento y la muerte. Habrá necesidad de volver atrás y caminar de nuevo el camino de la cruz, paso á paso y al través de montes y de mares, desde los climas de Africa hasta el hielo de los polos; pero acaso será esa la última campaña, la última guerra y la última victoria.

(21) Pág. 20.

No de Agar el dolor cuando moría  
Su Ismael en el desierto,  
Ni el que sintió la Sumamiti pia  
Cuando á su hijo vió muerto.

\* Véase el  *Génesis*, cap. XXI, vv. 14-15-16; y el Libro IV de los Reyes, cap. IV vv. del 20 al 37.

(22) Pág. 21. Desde las cumbres de los canos Andes  
Tiene vuelta hácia tí la joven frente.

Todo el mundo sabe la noble y cristiana conducta de la República del Ecuador y de su Gobierno, que se han mantenido firmes en su creencia y sus principios católicos, en medio del vergonzoso encogimiento de otros pueblos y gobiernos, ó de su abierta impiedad. La historia hará justicia al Ecuador. Por lo demás, somos hijos de esta República, ¡ bendito sea Dios !

(23) Pág. 24. ¡No al ciego pueblo imita  
Que le arrastró al suplicio,  
Y para quién perdon te demandaba?

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."  
San Lucas, cap. XXIII, v. 34.

---